Capítulo 8 - Nuevos caminos - El último Orellen

Enclave Orellen

Imperio Ossumun

Cinco años después de la profecía de Hamila

Nuevos caminos

La mujer volvía a estar de pie junto a la ventana, con una expresión distante en su rostro, mientras sus dedos manchados de rojo dibujaban patrones en el vidrio burbujeante. Estaba descalza, con su largo cabello castaño colgando sin peinar por la espalda.

Al menos esta vez recordó ponerse la bata, pensó Yora.

—Atra, querida — susurró suavemente —. Ven lejos de la ventana. No debes ser vista aquí en el Enclave. Aún no. ¿Recuerdas?

Atra la miró, sus movimientos anormalmente lentos. —Sanadora Yora — dijo —. Iven viene hoy.

Eso había sido ayer, pero no había razón para alterar a Atra en este momento. Durante los últimos seis meses, su mente había estado turbia. Era un milagro que haya logrado mantener la cabeza en su lugar tanto tiempo, considerando cuántas pócimas tomaba cada día. La única calma de Yora era que probablemente se recuperaría, una vez que dejaran de darle medicinas.

Si alguna vez logramos recuperarnos realmente de las decisiones que hemos tomado.

—Sí, Iven llegará más tarde — dijo la sanadora —. Mejor que te vayas a la cama y tomes una siesta, así estarás descansada cuando venga.

—Oh, debería, — susurró Atra, una de sus manos manchadas descendiendo hacia su abdomen hinchado y expansivo. — Es bueno para los bebés.

Dejó que Yora la guiara de regreso a la cama, sin quejarse cuando la mujer de cabello gris cerró las persianas con un hechizo. Yora la cubrió con cuidado, ajustando las almohadas y las mantas para su confort, mientras Atra la miraba todo el tiempo, con las pupilas dilatadas.

—¿Ya ha pasado suficiente, no? — preguntó, frunciendo el ceño —. Años. Muchos años. ¿Rella ya no tiene tres?

Durante los últimos días, esto se había convertido en una gran preocupación para ella. Preguntó muchas veces a Yora sobre la edad de sus hijos. —Rella tiene ocho — respondió con peso, sabiendo cómo reaccionaría Atra —. Casi nueve. Hemos ganado más tiempo del que nadie esperaba.

—No — negó Atra, moviendo la cabeza —. Eso no es suficiente. Ella todavía es demasiado joven. Puedo aguantar más.

—Lo consideraremos — mintió Yora.

Atra le sonrió. —Fui criada entre magos de sangre. Sé cómo fortalecer el cuerpo. Puedo hacerlo. Pensé que el poder era maligno en mi juventud. Incluso huí de casa para escapar de él. Pero ahora puede salvar a mis hijos.

—Atra… — Yora la miró con atención. Las manchas rojas no estaban solo en sus manos. Subían hasta sus hombros. No la hagas enojar más. —Hablaremos de ello después de que tomes tu siesta.

Un tenue sonido de campanillas se propagó por la casa, y un cristal incrustado en la pared destelló abruptamente en color blanco. Yora frunció el ceño. Ese era la señal para ir al santuario de inmediato.

—¿Es Patriarca Megimon? — preguntó Atra, mirando el cristal con las pupilas dilatadas.

—Es el honorable Patriarca — confirmó Yora.

El título, que rara vez se usaba, probablemente no significaba nada para un hombre que hacía décadas había trascendido al mundo superior, pero los Ancianos lo habían desechado y se lo habían otorgado a Megimon de todos modos.

Cuando Iven dijo por primera vez que necesitaban la ayuda de “un miembro ascendido de la familia” si querían tener alguna esperanza de sobrevivir, Yora se había burlado. Entonces pensó: Bueno, supongo que todos moriremos.

En los archivos había instrucciones para enviar un mensaje a ese lugar misterioso, dejado atrás siglos atrás por un ancestro. Y, técnicamente, la familia contaba con suficientes hechiceros espaciales de rango bajo y medio para lograrlo. Pero aquellos pocos practicantes que lograron ascender no regresaron. Era una locura pensar que podrían hacerlo.

Sin embargo, Iven insistió. No encontró otra opción que pudiera ofrecer un mejor resultado, afirmó. Así que se emitió la convocatoria, un ruego a cualquiera que estuviera dispuesto a responder.

Todos los involucrados quedaron mudos de asombro cuando, al día siguiente, el gran Megimon Orellen apareció de la nada en medio del comedor del Salón de los Ancianos. Lo hizo con tanta facilidad como cualquiera de ellos cruzaría una puerta.

—Ah —dijo, mirando alrededor de la sala—. Este lugar no ha cambiado en absoluto. Me pregunto, Dowither, ¿eres tú, muchacho? ¡Has crecido una barba!

Yora recordaba vagamente a Megimon de hacía seis décadas. Había tenido algún tipo de enfrentamiento con los otros Ancianos y se apartó para buscar su propio avance sin el apoyo de la familia. Una década más tarde, supieron que él había partido de este mundo.

Alcanzar el rango de Mago y cruzar el umbral era un logro casi incomprensible, pero Megimon parecía ser un hombre humilde. Cada vez que alguno de ellos lo llamaba “Gran Mago” parecía sufrir claramente.

—Nos ha traído a otro —susurró Atra—. ¿Cuántos son ya? Solía ser buena en recordar todos… Quería recordarlos… merecen ese recuerdo, pero ahora…

—No es algo por lo que debas preocuparte, querida —dijo Yora—. Yo siempre recordaré el número por ti. Este será el novecientos cuarenta y tres.

—¿Tantos?

—Sí. Son muchos más de los que imaginábamos al comenzar.

—Eso es bueno —dijo Atra con sueño—. Iven usará la adivinación con el nuevo número. Esta vez es un número tan grande. Él dice que los números grandes son mejores, ya sabes. Porque significan más caminos sin hachas… no, espera, eso no suena bien, ¿verdad? Pero seguro que te lo explicará, Yora, cuando venga esta tarde.

Megimon se sintió aliviado cuando la sanadora más veterana de la familia lo recibió en la entrada de la cripta. A veces, la mujer, Yora, estaba ocupada.

Las otras dos sanadoras de primer círculo, a quienes se les había confiado ese secreto, eran hombres amables, pero insistían en hacer reverencias y llamarlo Mago, lo cual era un humillante recordatorio de lo que no era.

Pensó en lo astuto que había sido al encontrar la manera de cruzar el umbral entre los mundos como un mero hechicero superior. En un entorno mágico más avanzado, estaba seguro, su comprensión de la magia espacial aumentaría de saltos y límites, y valdría la pena.

En fin…

—Patriarca Megimon —dijo Yora, asintiendo respetuosamente—. ¿Has encontrado un alma adecuada?

—Sí —contestó Megimon—. La Losa de los Destinos Sagrados lo hizo. Pero el único miembro de la familia que conocía la verdad de ello era el joven Iven.

Megimon sintió un ligero escalofrío. Dioses, si aquel hombre alcanzaba los rangos superiores, sería capaz de manejar un poder monstruoso.

Cuando le explicaron el proceso de la adivinación de la suerte, Megimon quedó atónito. Claro que había desventajas y límites, pero no era normal que algo tan poderoso funcionara tan eficazmente para Iven.

La familia confiaba en poder criar más practicantes de la suerte con el tiempo, pero Megimon dudaba que eso les beneficiara en absoluto. Sospechaba que Iven poseía alguna peculiaridad interna exótica que no podía ser reconocida plenamente en este mundo.

De hecho, Megimon sentía una cierta tentación de arrastrar a Iven a través del umbral y presentarlo a algunas personas que estarían muy interesadas en ayudarle a progresar. La habría llevado a cabo, si tan solo estuviera seguro de poder hacerlo sin acabar matando al hombre.

Se le ocurrió seguir a Yora más allá de las paredes de la magia defensiva y adentrarse en la cripta. Sentada justo dentro de la entrada, había una joven adolescente. Estaba en una posición de meditación, con los ojos cerrados y rodeada de los mejores artefactos de fortalecimiento que la familia podía ofrecer. Megimon pensó que tal vez se llamaba Celia, aunque sólo habían conversado en una ocasión formal. La muchacha siempre parecía ocupada en el mantenimiento de las barreras cuando la veía.

La cripta de los antepasados no se usa para entierros en tiempos modernos. Estaba incrustada en la ladera rocosa bajo el Salón de los Ancianos, y a los miembros de la familia no se les permitía entrar sin autorización del consejo.

El lugar antiguo y de gran tamaño era frío, oscuro y estaba lleno de cuerpos, como cabría esperar de una cripta. Pero desde hacía algunos años, los huesos de los antepasados, guardados en sus compartimentos en las paredes, compartían espacio con habitantes más recientes.

Normalmente, Yora pasaba de largo entre las filas de niños inconscientes sin siquiera echarles un vistazo. Pero hoy parecía estar de ánimo diferente. Se detuvo y permitió que su magia recorriera la habitación, haciendo que las luces de maná de color azul pálido dispersas en el lugar brillaran con mayor intensidad.

“¿Te molesta?” preguntó Megimon finalmente, después de que la sanadora había estado observando a los niños durante un largo rato. “Nunca lo has mencionado.”

A Megimon le incomodaba.

“No puedo afirmar que lo que hemos hecho sea malvado,” dijo Yora con una voz tenue. “No hemos hecho daño a los niños que murieron en estos cuerpos, ni a las almas que ahora los habitan. Lógicamente, hemos salvado muchas vidas de esta manera, y no hemos tomado ninguna. Pero solo lo hemos hecho por nosotros mismos, sin tener en cuenta la naturaleza, y por ello, no puedo pensar que hayamos realizado realmente un bien.”

Megimon lo sabía.

Ella se volvió hacia él. “Patriarca, el alma que traes hoy será la última. Atra ya no puede realizar la magia de sangre. Iven hace mucho que alcanzó sus propios límites. Los susurros de las otras

familias finalmente se han transformado en sospechas reales y peligrosas.”

“Y los gemelos nacerán pronto,” dijo Megimon asintiendo. “Quizá puedas esconder el nacimiento del templo de Hamila unos meses más, pero ya deben estar cerca del límite de su paciencia. Si no aparece el noveno hijo de la profecía, seguramente empezarán a creer que estamos ocultando algunos de los hijos de Iven.”

Era bueno que el último fuera el chico del desierto. Megimon no tenía estómago para seguir con este trabajo mucho más, aunque eso pudiera salvar a la familia que lo había criado.

“Ven,” dijo Yora. “Solo nos quedan tres cuerpos para escoger, y temo que no están en las mejores condiciones. La matriz de conservación ha empezado a debilitarse por las modificaciones que le hicimos, y sería un escándalo si contratamos nuevamente al Magus de la línea Glythe para repararla.”

Megimon asintió. Sería difícil explicar cómo habían agotado una matriz que debería haber durado mil años en menos de cinco.

“¿Alguno de los cuerpos es masculino?” preguntó Megimon mientras Yora lo conducía hacia la parte trasera de la cripta.

Ella se volvió un momento, levantando las cejas con expresión interrogante. “Dos de los tres,” respondió. “Nunca antes habías preguntado, Patriarca.”

Sí, bueno. Por lo general, Megimon recogía un alma que había estado vagando durante días o incluso semanas. No había un cuerpo cercano para examinar. No sabía nada acerca de los niños que habían muerto, y en realidad, la mayoría de las almas había perdido tanto de sí mismas para cuando él las tomaba que apenas eran más que energía. No le importaba dónde las colocara… eso esperaba.

Y hay otra cosa que atormenta en la noche.

“Encontré esta alma cerca del cuerpo original,” dijo Megimon. Mi duendecillo lo mató. “Era un niño. Alrededor de ocho o nueve años.”

“Bueno, con suerte no le importará empezar un poco más joven.”

Una de las particularidades de la Plaga de Desgarramiento era que mataba rápidamente a un pequeño porcentaje de niños muy pequeños, sin someter sus cuerpos a los daños atroces por los que esa enfermedad era tan infame en sus etapas avanzadas.

Por lo que comprendía Megimon, el estado de tales casos no era fácil de reparar, pero podía conseguirse por un sanador dotado. Especialmente si el sanador tenía tiempo para trabajar en su paciente durante el tiempo que quisiera… aunque no podía imaginar que fuera una tarea liviana, sanar un cuerpo que ya había sucumbido al abrazo de la muerte.

“Aquí están, Patriarca,” dijo Yora.

Tres cadáveres esperaban sobre la mesa, manchada de sangre y familiar. Megimon deseó que Yora simplemente eligiera uno de ellos por sí misma, pero no sería conveniente que él fuera tímido, además de ser mucho menos habilidoso de lo que ella imaginaba. Yora retiró las sábanas de dos de ellos.

“Este tiene unos siete años, así que quizás sea el mejor,” dijo, señalando al niño más grande. “El otro ya estaba desnutrido antes de que la plaga lo tomara, pero parece tener cuatro o cinco años. Como dije, su estado no es óptimo, pero son los últimos Atra ligados a ella y a Iven con su magia de sangre antes de perder el rumbo.”

Megimon observó las marcas familiares—manchitas de labio grueso de color rojo oscuro. Una en la cadera del niño mayor. Otra en el pie del más pequeño.

Desde niños campesinos muertos por la plaga hasta este lugar… estos niños eran ahora parientes lejanos de Megimon, a través de esa antigua y temible magia.

“¿Por qué esta es la mejor opción?” Preguntó más a sí mismo que a Yora, pero la sanadora murmuró una respuesta de todos modos.

“Más caminos sin hachas.”

“¿Perdón?”

“Perdóname, Patriarca. Era solo algo que Iven supuestamente dijo. Entonces, ¿eliges al niño mayor?”

“Al pequeño,” afirmó Megimon sin vacilar.

Ella pareció sorprendida, pero solo asentó y cuidadosamente cubrió con la sábana el otro cuerpo.

Megimon tomó el Disco dorado de su manto. Lo colocó sobre el pecho del pequeño y comenzó a girar los anillos concéntricos de metal que integraban el dispositivo hasta ajustarlo en la configuración correcta. El alma quedó asegurada en su interior hasta el momento apropiado, y media docena de runas diferentes brillaban con intensidad.

Solo tuvo unos pocos fallos durante el proceso de transferencia, gracias a la artesanía del Disco más que a su habilidad. Ya sabía que esta no sería una de esas ocasiones. Megimon no podía leer realmente la mitad de las runas en ese artefacto complejo, pero reconocía la que indicaba permanencia planar. Resplandecía de manera extrañamente brillante.

La permanencia planar elevada significaba que, por alguna razón, el alma no quería esfumarse al morir el cuerpo. También indicaba que era lo suficientemente fuerte para adherirse a un nuevo cuerpo sin morir por el trauma.

Pequeño y pegajoso, ¿verdad? Pensó Megimon. Perdón por Lutcha. Espero que en tu próxima vida terminés mejor.

Unos minutos después, había finalizado su tarea. Yora tomó su lugar de inmediato.

Por lo general, Megimon solía marcharse en ese momento, pero sentía una mayor lealtad y culpa que de costumbre hacia ese recién nacido Orellen. Permaneció observando cómo Yora realizaba misteriosos actos de curación en el cuerpo.

Pronto, el pecho empezó a moverse. Los dedos se contrajeron.

Luego, Yora activó los conjuros que congelarían las funciones vitales del niño… tal como había hecho con todos sus nuevos hermanos y hermanas en la cripta.

Tendrían que esperar un tiempo para que pudiera vivir de verdad.

Megimon pensó que no tardaría mucho.

Elph soñaba con algo hermoso.

Naer soñaba con algo horrible.

Él y su hermana pequeña perseguían a su padre, corriendo tras él por el centro del pueblo. El padre tenía la risa más cálida.

Sus padres lloraban por él. Todo dolía. El suelo era tan duro bajo su delgada estera. Estaba muy cansado.

“Espera,” dijo Elph, mirando al pequeño y pálido niño con quien casi tropezaba. Yacía sobre una estera sucia, justo en el suelo, y claramente estaba muy enfermo. Parecía extranjero. Y tenía cabello rizado, como Fanna. “¿Qué es esto? ¿Quién eres?”

Naer cerró los ojos.

“¡Estás muriendo!” gritó Elph. Luego, se dio cuenta de que eso no era exactamente correcto. El pequeño ya estaba muerto. ¿Verdad?

El diminuto cuerpo se estaba disolviendo. Se convertía en arena.

“Oh,” dijo Elph, mientras el viento a su alrededor aumentaba la velocidad, soplando la arena cada vez más lejos, “ya no estás aquí. Realmente, ya no estás.”

El niño desapareció. El pueblo también. Y luego… Elph empezó a desaparecer, también. Miró sus manos y vio que se disolvían igual que el pequeño niño.

Tampoco tú estás aquí ya, aulló el viento.

Realmente, ya no.

Revisión #1
Creado 25 abril 2026 04:40:17 por Alice Johnson
Actualizado 25 abril 2026 04:40:21 por Alice Johnson